

El arte del descubrimiento

Hubert Nysen

Editor | www.actes-sud.fr

Un día de junio de 1993, estábamos una docena de personas en compañía de Jacqueline Kennedy. La había traído a mi desván de libros. Allí, en un panel de madera están colgadas unas fotos y, entre ellas, dos de Paul Auster, una en la que está con Siri Hustvedt y otra con Jeanne Moreau. Jacqueline Kennedy, que en aquella época trabajaba en *Double Day* en Nueva York y que me mostraba agradecimiento por haberle permitido conocer a Nina Berberova en Princeton, formuló una pregunta que era en realidad una exclamación: ¿Cómo era posible, me preguntó ella, que hubiera sido necesario venir a la Provenza para descubrir a un gran novelista americano? Entonces le conté que había oído algo sobre el talento de Paul por unos amigos que lo conocían. Ellos me incitaron, le dije, a leer lo que el alto mando de la edición americana había rechazado. Y entre otras cosas el primer volumen de su *Trilogía de Nueva York, Ciudad de cristal*, una novela que obtuvo más tarde un enorme éxito.

He aquí, sin duda, una nueva intervención de la locura. Hizo que un editor principiante, de paso por Nueva York, creyese en su suerte cuando oyó hablar de un joven escritor que no encontraba en su país el reconocimiento que la lectura de *Ciudad de cristal* o *La invención de la soledad* habría debido procurarle de entrada. Un reconocimiento que esos libros, junto a otros que les siguieron, obtuvieron primero en Francia, desde donde la epidemia por Auster se extendió a Europa antes de atravesar el Atlántico y, como lo llaman allí, un *feed-back* permitió dar por fin a este escritor, en su propio país, el lugar que era suyo por derecho.

En junio de 1987 en La Gauloise, un restaurante de la calle 13 en Nueva York, Christine Le Boeuf, que iba a convertirse en su traductora, y yo nos encontramos por primera vez con Paul Auster en persona. Por sus textos conocíamos al escritor desde hacía dos años. En diciembre de 1984, tras haber leído *La invención de la soledad*, había anotado en mi diario¹: «Es, juraría, el comien-

1. *L'éditeur et son double*, Actes Sud, 1988.

zo de una obra que tendrá gran importancia en el futuro». Así que aquel día Paul Auster entró en La Gauloise en compañía de Siri Hustvedt, que estaba encinta hasta tal punto que nos preguntábamos si el parto no iría a interrumpir la velada. Sophie Auster no nació aquella tarde.

Pero, por el contrario, descubrimos que Siri, que llevaba el asunto tan soberanamente, escribía también. Ella es hoy una autora relevante en el catálogo de Actes Sud. Su gran novela, *Tout ce que j'ai aimé*, da testimonio de ello. Y como la locura lleva a la audacia, ella me inspiró la idea de preguntar a Paul por los escritores americanos de los que le gustaría estar rodeado en nuestro catálogo. ¡Don DeLillo y Russell Banks! fue su respuesta, y era categórica. Don y Russell hacen hoy compañía a Paul, con el mismo lema, en el mismo catálogo.

Sin duda alguna porque bascula y pone en apuros los procedimientos habituales, la locura, con la parte de sabiduría que siempre le acompaña, da una energía particular en el enfrentamiento de las coacciones relacionadas con los hábitos y las reglas. Mediante ella el descubrimiento editorial toma dimensiones simbólicas. Por ella se encuentra, parafraseando a Montaigne, abierto a otras audacias.

TRADUCCIÓN DE AUXILIADORA CABRERA GRANADOS

Extracto del libro *La sabiduría del editor*, de próxima aparición en Trama editorial, primer título de la colección «Tipos móviles»

